





AL OTRO LADO DEL TÚNEL





AL OTRO LADO DEL TÚNEL

UN CAMINO HACIA LA LUZ
EN EL UMBRAL DE LA MUERTE

DR. JOSÉ MIGUEL GAONA CARTOLANO

PRÓLOGO DE RAYMOND MOODY

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Gaona Cartolano, José Miguel

Al otro lado del túnel : un camino hacia la luz en el umbral de la muerte / José Miguel Gaona Cartolano ; con prólogo de Raymond Moody. - 1a ed. - Buenos Aires : El Ateneo; La Esfera de los Libros, 2013.

432 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-950-02-0727-0

1. Testimonio. I. Moody, Raymond , prolog. II. Título
CDD 158.1

Al otro lado del túnel. Un camino hacia la luz en el umbral de la muerte

© José Miguel Gaona Cartolano, 2012

© Del prólogo: Raymond Moody, 2012

© La Esfera de los Libros, S. L., 2012

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina, el Caribe y los EE. UU.

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros – España

© 2013, Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición en España: septiembre de 2012

1ª edición en Argentina: julio de 2013

ISBN 978-950-02-0727-0

Impreso en Verlap S.A.,

Comandante Spurr 653, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires, en julio de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor. Su infracción está penada por la leyes 11.723 y 25.446.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i> , por Raymond Moody	13
<i>Unas palabras del autor</i>	15
<i>Introducción</i>	21
I. EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE A LO LARGO DE LA HISTORIA	33
II. LOS ÚLTIMOS MINUTOS DE VIDA	39
III. NEUROFISIOLOGÍA DE LA MUERTE Y COMPRESIÓN DE LAS ECM	46
IV. LOS SONIDOS DE LA MUERTE	55
V. «EL TÚNEL», UNA EXPERIENCIA SINGULAR	57
VI. VIAJES ASTRALES Y SALIDAS EXTRACORPÓREAS	64
VII. LA LUZ	109
VIII. LA VIDA EN UNA «PELÍCULA» Y LA VUELTA ATRÁS ...	116
IX. ENCUENTROS CON FALLECIDOS O ENTIDADES	136
X. EL ENTORNO	151
XI. EL REGRESO	154
XII. SENSACIÓN DE PRESENCIAS. ¿EL ÁNGEL PROTECTOR?	163
XIII. ENFRENTÁNDOSE CON LAS PERSONAS DEL ENTORNO	171

XIV.	OTRAS CULTURAS Y RELIGIONES FRENTE A LA MUERTE	175
XV.	¿MUERTE O REENCARNACIÓN?	214
XVI.	MUERTES VIOLENTAS Y SUICIDIO	218
XVII.	<i>PSICOMANTEUM</i>	222
XVIII.	QUÉ SON LAS ECM Y SUS CAUSAS	228
XIX.	EL COMIENZO DE LA EXPERIENCIA	272
XX.	CATEGORÍAS DE ECM	277
XXI.	LA EXPERIENCIA DE LAS ECM	281
XXII.	TÉCNICAS PARA ACERCARSE A UNA ECM	294
XXIII.	ECM TRAUMÁTICAS	298
XXIV.	¿ALUCINACIONES O ECM?	321
XXV.	EFFECTOS DE LAS ECM SOBRE LA PROPIA VIDA Y LAS AJENAS	360
XXVI.	NIÑOS Y ECM	383
XXVII.	LA PERSONA QUE MUERE NOS VISITA PARA DESPEDIRSE	397
XXVIII.	VISITAS DE FAMILIARES MUERTOS ANTES DE LA PROPIA MUERTE	403
XXIX.	ADQUISICIÓN DE PODERES PARANORMALES O EXTRAPSÍQUICOS	407
XXX.	MUERTE, REALIDAD, MEMORIA Y FÍSICA CUÁNTICA	419
	<i>Nota bibliográfica</i>	429

*A mi madre Pilar. A mi mujer Lourdes
y a mi hija Piluca. Que son los tres pilares de mi vida.*





Agradecimientos

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a todas las personas que sufrieron una experiencia cercana a la muerte y gustaron de sincerarse conmigo, conocedoras de que iban a ser escuchadas con todo el respeto que merecen. Tantas experiencias, tan profundas y diversas.

Al doctor Raymond Moody por su tiempo y sus explicaciones detalladas, pero especialmente por su apoyo a la creación de este libro. Es, sinceramente, el padre intelectual de esta obra. Su voz cálida transmite la fuerza suficiente para saberse respaldado por esta primera figura de la literatura mundial.

Al doctor Bruce Greyson, jefe de la Unidad de Estudios Perceptuales de la Universidad de Virginia, alma científica de la comunidad internacional que estudia las ECM que, además de aportar material a esta obra, ha tenido la confianza de contar conmigo para realizar de manera conjunta trabajos de investigación en este campo.

A Eben Alexander, conocido neurocirujano de Harvard y protagonista de una de las ECM más fascinantes que haya conocido, quien me emocionó mientras me detallaba personalmente los matices de la misma. Después de conocerle, los conceptos de vida y muerte ya no son los mismos.

A P. H. M. Atwater, acreditada investigadora y escritora norteamericana, que sufrió varias ECM a lo largo de su vida y que representa al sector más creativo y avanzado en cuanto a bibliografía y reflexión sobre este tipo de temas. Su certeza al transmitir los conocimientos crea fisuras incluso en los científicos más ortodoxos.

Y por último a Ymelda Navajo y Mónica Liberman, de mi editorial, por su infinita paciencia mientras este autor escribía, reflexionaba y se perdía constantemente por medio mundo para su desesperación. Benditas son.



Prólogo

Me alegra poder respaldar este maravilloso nuevo libro en España sobre experiencias cercanas a la muerte. Los investigadores de todo el mundo comienzan a descubrir que las profundas experiencias espirituales de los moribundos resultan difíciles de explicar, por lo que trabajos como los del doctor Gaona cambiarán muy rápidamente la manera en que personas de todo el mundo entienden la muerte y la vida más allá de la misma.

Hasta ahora, nuestros conocimientos tan solo nos han aproximado al túnel, a la luz al final del mismo o a los familiares que se encontraban allí con objeto de acompañar a la persona y ayudarla a pasar por esa transición mientras suele invadirla una sensación de inmenso bienestar.

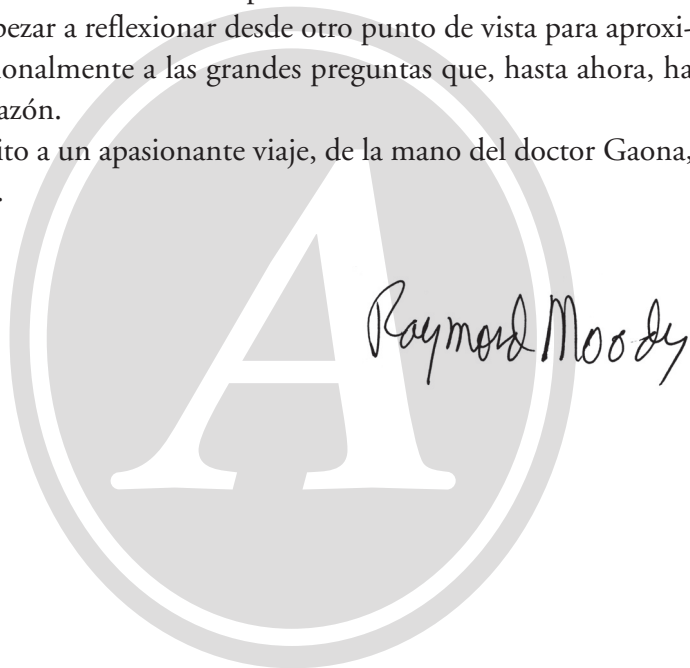
La persona en el momento de tener su experiencia ya no es ni madre, ni marido, ni hijo, sino que es sencillamente ella. En esos instantes sufre una serie de vivencias que desbordan su capacidad de comprensión y por ende no es capaz de relatar o entender plenamente lo que está sintiendo. Más aún, en muchos casos se producen encuentros con entes de tipo místico que cada una interpreta como propios de su religión.

Sin embargo, dentro de muy poco tiempo nuevos descubrimientos, tanto en Europa como en Estados Unidos y en todo el planeta, cambiarán de manera importante la visión de la humanidad sobre el destino del alma.

Uno de estos recientes descubrimientos es que, aunque durante mucho tiempo hemos creído que las personas que morían vivían estas extraordinarias experiencias de manera exclusiva, ahora también estamos observando que tales experiencias son comunes en personas que se encuentran acompañando a las que mueren. Personas que, literalmente, comparten la vivencia de la muerte. En ocasiones, dicha experiencia llega a extenderse a la visión del túnel o incluso a la revisión vital de la persona que está falleciendo.

Del mismo modo, es muy importante comenzar a pensar de una manera distinta acerca de este tipo de cuestiones. Se trata, en definitiva, de empezar a reflexionar desde otro punto de vista para aproximarnos racionalmente a las grandes preguntas que, hasta ahora, ha eludido la razón.

Les invito a un apasionante viaje, de la mano del doctor Gaona, al otro lado.



Unas palabras del autor

La muerte ha sido siempre motivo de fascinación para muchas personas, pero también lo es para quien escribe estas líneas.

El primer fallecimiento que presencié en mi vida fue el de una persona que había caído por accidente desde los tajamares del río Mapocho en Santiago de Chile cuando, durante una otoñal tarde de domingo, se había sentado imprudentemente en su borde, perdiendo el equilibrio y precipitándose de espaldas directamente hacia el lecho fluvial. El río se encontraba a un bajo nivel de agua y el adoquinado del fondo estaba al descubierto, por lo que hizo de duro colchón en su caída. El cuerpo parecía un muñeco retorcido a pocos metros por debajo del nivel de la calle. No presentaba ni una sola herida abierta. Aparentaba estar dormido. Era el mismo cuerpo que pertenecía a una persona hacía tan solo unos momentos, pero algo se había esfumado. Algo había cambiado. Yo debería tener unos siete años y ya comencé a hacerme preguntas acerca de la delgada línea que separa la vida de la muerte.

Años más tarde comencé a estudiar Medicina, y durante los veranos trabajaba de voluntario en Anatomía Patológica en uno de los mejores hospitales de Madrid. Cada mañana bajaban a los fallecidos a ese subsuelo que se encontraba impregnado de olor a formol y fluidos corporales por doquier.

La sensación era extraña. Al realizar la necropsia podía apreciar hasta lo que habían comido la noche anterior. En otras ocasiones

descubríamos para nuestra sorpresa que si bien, por ejemplo, la persona había fallecido de un infarto cardiaco masivo, además estaba desarrollando un tumor de riñón que le habría fulminado en pocos meses. Tumor cuya presencia desconocía por completo su propietario. Era como si el destino le hubiera jugado una mala pasada al pobre finado.

En aquella época, el doctor Raymond Moody sacaba a la luz su primera obra, *Vida después de la vida*. También en aquellos años la doctora Elisabeth Kübler-Ross ya era popular entre el gran público con sus teorías sobre el significado de la muerte en los seres humanos.

No es casualidad que ambos autores sean psiquiatras. Después de todo, el término «psiquiatra» posee un bello significado etimológico: «médico del alma», significado que podría ser consecuente con la búsqueda o, al menos, el estudio de lo que tradicionalmente ha sido considerada «el alma», también llamada por otros «consciencia», si bien este último término destila un vapor neurológico que a algunos se les atraganta.

Al acabar la carrera y realizar la especialización, trabajé para una organización internacional en varias guerras, por lo que, una vez más, la cercanía de la muerte era constante. En Mostar fallecían personas por las consecuencias de la guerra: heridas, explosiones, carencias médicas, etc. Sin embargo, advertí algo que me llamó mucho la atención: algunas personas morían sin causa aparente. El estrés continuo parecía hacer mella en su organismo hasta provocarles el fallecimiento. El poder de la mente era tan contundente que me hizo replantearme la complejidad del organismo. Ser consciente de la importancia del influjo de la mente sobre el cuerpo. Un acercamiento al dualismo.

También en aquella época abrí en España el primer centro para diagnosticar a pacientes de sida. Contacté con el que posteriormente sería premio Nobel, Luc Montagnier, en el Instituto Pasteur de París, quien me envió varios lotes del primer test que existía en el mundo para localizar anticuerpos del virus en el plasma de la persona afectada. Los resultados fueron aterradores. Descubrimos que el 75 por ciento de los drogadictos en España eran portadores del virus, pero también fui testigo de algo que me hizo reflexionar: el paciente con-

tagiado podía encontrarse en perfecto estado de salud, ya que la progresión de esta enfermedad es afortunadamente lenta en la mayoría de los casos, pero, al comunicarle que era portador del virus del sida —enfermedad que, además, en la década de los ochenta poseía unas connotaciones sociales y personales propias de un apestado amén de un tratamiento ineficaz—, la persona entraba en un estado psicológico depresivo acompañado de conductas autodestructivas que, paradójicamente, le llevaba directamente a la muerte. Muchas veces sin el menor síntoma de las dolencias asociadas al sida. Una vez más, el poder de la mente.

Muchas de esas personas que consumían drogas, particularmente en aquellos años heroína inyectada, solían padecer sobredosis que les producían paradas cardiorrespiratorias.

Mi interés por las drogas y sus efectos sobre las personas hizo que mi tesis doctoral versara justamente sobre estas cuestiones, por lo que entrevisté a centenares de toxicómanos.

En muchas ocasiones, los servicios de urgencias llegaban a tiempo para devolver a la vida a un individuo que estaba sin pulso, pálido y con los labios amoratados. Las historias que contaban chocaron inicialmente con el muro de mi escepticismo científico: túneles, luces, familiares ya fallecidos... Pensé que podía ser el mero efecto de las drogas sobre el cerebro, pero, en ocasiones, no eran ya muertes por sobredosis, sino *shocks* anafilácticos debidos a que la droga estaba adulterada por cualquier sustancia a la que el sistema inmunológico del adicto reaccionaba violentamente, como quien es alérgico a la picadura de las abejas. Es decir, su organismo contenía de todo menos droga, y, sin embargo, los sufridos toxicómanos presentaban los mismos síntomas que el doctor Moody hacía populares por aquellos años.

Cuando comentaba a mis profesores este tipo de cuestiones tan solo me contestaban: «Será algo del cerebro», pero lo cierto es que nadie investigaba el fenómeno ni ahondaba en él más allá de un comentario simplista.

Algunos pacientes —llegamos a tener más de diez mil historias clínicas— padecieron no una, sino dos ¡y hasta tres experiencias cer-

canas a la muerte! Una y otra vez eran resucitados hasta que lo que contaban parecía una réplica de lo anterior. Pero lo que más llamaba la atención no era la historia en sí misma. No era el relato ni su secuencia, sino la profundidad y la absoluta certeza de que lo que habían vivido era real. No se podía ni siquiera discutir la cuestión ya que algunos se sentían sinceramente ofendidos cuando alguien mostraba dudas sobre su experiencia.

En otros, la experiencia cercana a la muerte se unía a la percepción de salir fuera del cuerpo y, dentro de ese viaje, observar lugares o situaciones supuestamente distantes que luego, para sorpresa de todos, parecían coincidir con lo ocurrido.

El ir aumentando mis conocimientos de neurología al mismo tiempo que mis investigaciones acerca de este tipo de fenómenos me hizo descubrir que ya existían referencias a las mismas desde hacía muchos siglos. Más aún, comencé a pensar que muchos de los conceptos que prácticamente aparecen en todas las escrituras sagradas de cualquier religión (figuras divinas de luz, ángeles, encuentro con antepasados, infierno, etc.) podrían ser la consecuencia directa del testimonio de personas que sufrieron experiencias cercanas a la muerte debido a enfermedad o accidente y que una vez vueltas a la vida relataron lo vivido en el «más allá». Estos testimonios serían casi con toda seguridad integrados en el imaginario popular y, cómo no, en la estructura de creencias y religión de cada una de las culturas.

Todo tipo de científicos y neurólogos compiten para explicar cada uno de los fenómenos que presentan las ECM. Algunos de ellos son capaces de definir parcialmente uno u otro de manera aislada. Sin embargo, ninguno de ellos es competente para exponer con claridad la rotunda lógica de los mismos: el túnel y posterior encuentro con antepasados, sus reveladores diálogos, el haber sido receptor de algún mensaje o manifestación acerca del pasado o futuro de la persona... Es decir, no parecen ser simples acontecimientos neurológicos que se presentan de una manera aleatoria, sin orden ni concierto, sino que siguen una compleja pauta llena de contenido y de simbolismos.

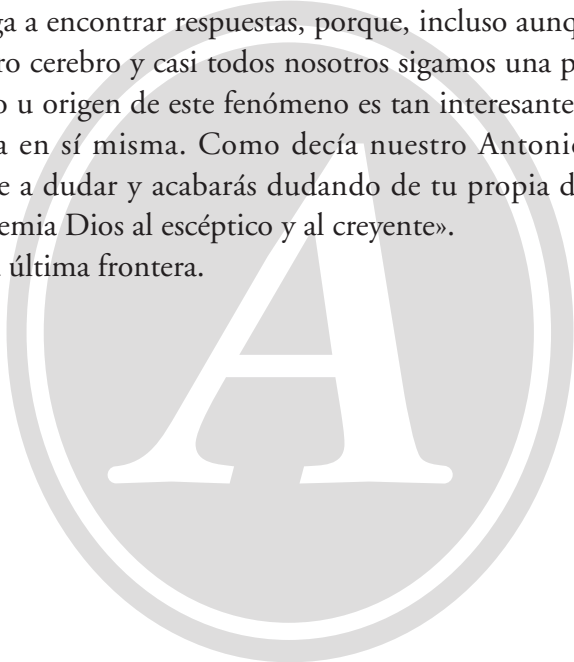
Si hubiese tenido que escribir un libro acerca de las ECM hace diez años, muy probablemente me habría basado en la pura ciencia,

las ecuaciones y la neurología más abstracta. Progresivamente me he dado cuenta de que innumerables cosas no pueden ser cuantificadas con facilidad. Quizá las más importantes. Pero más importante aún es que estas cosas que exceden a los conocimientos actuales de la ciencia son también ciencia.

Siempre ha habido locos que han postulado por primera vez que la Tierra giraba alrededor del Sol o que un aparato más pesado que el aire podría volar.

Estoy seguro de que estamos abriendo una brecha en los conocimientos de la ciencia actual. El mero hecho de hacernos preguntas nos obliga a encontrar respuestas, porque, incluso aunque todo esté en nuestro cerebro y casi todos nosotros sigamos una pauta similar, el motivo u origen de este fenómeno es tan interesante como la experiencia en sí misma. Como decía nuestro Antonio Machado: «Aprende a dudar y acabarás dudando de tu propia duda; de este modo premia Dios al escéptico y al creyente».

Es la última frontera.





Introducción

Después de todo, no es más sorprendente el nacer dos veces que el nacer una sola vez.

VOLTAIRE

Retrocediendo hasta los orígenes humanos más primitivos, podemos encontrar historias del más allá llenas de luz, de miedo o de descensos a lugares infernales. Muchas veces se encuentran asociadas con la muerte o con lo que hay después de ella. Dichas historias provienen de todos los puntos del globo terráqueo, como si los humanos se hubiesen puesto de acuerdo: Grecia, Egipto, Mesopotamia, Asia, África, muchos países de Europa, la América precolombina...

Los viajeros que retornan de ese mundo lleno de luz son de muchos tipos. Hay personajes extraídos de los textos sagrados de todas las culturas y otros que aparecen en los escritos de la literatura universal: Jesucristo, Krishna, Perséfone, Hércules, Eneas, Tammuz, Ishtar...

Los que hayan acudido a una conferencia del mundialmente conocido Raymond Moody habrán observado que una de las principales referencias de este escritor e investigador cuando habla de las experiencias cercanas a la muerte es el filósofo clásico Platón. En el décimo libro de *La república* Platón relata el mito de Er, un soldado griego que supuestamente había fallecido junto a otros compatriotas en una batalla. Al recoger los cadáveres, el cuerpo de este soldado fue

colocado sobre una pira funeraria para ser incinerado, y entonces volvió a la vida. Er describe en detalle su viaje al más allá. Al principio su alma salió del cuerpo y se unió a un grupo de otros espíritus que se iban desplazando a través de túneles y pasadizos. Paulatinamente esos espíritus eran detenidos y juzgados por entidades divinas por aquellos actos que habían hecho en su vida terrenal. Er, sin embargo, no fue juzgado, ya que estos seres le dijeron que debía regresar a la Tierra para informar a los hombres acerca del otro mundo. Súbitamente Er despertó, encontrándose sobre la pira funeraria.

Mucho antes de Jesucristo, en el siglo VIII a. C., fue escrito el *Bardo Thodol* o *Libro tibetano de los muertos*, que analizaremos en otro capítulo de este libro. Es una recopilación, desde los tiempos más antiguos, de los rituales tibetanos que hay que ejecutar ante los fallecidos o las personas que se encuentran en sus últimos momentos. El propósito de estos ritos es doble. Primero, ayudar a la persona en trance de fallecer para que recordara los fenómenos que iba experimentando. En segundo lugar, se trataba de apoyar a los familiares de los muertos, para que el espíritu del difunto pudiera desprenderse del plano físico, orientando los sentimientos y apoyando las oraciones oportunas. De esta manera el espíritu podía evolucionar y alcanzar el lugar que le correspondía en el más allá según su propia evolución.

A pesar de la importancia de sus protagonistas, así como de la profundidad de estos y otros escritos, la mayor parte de estas obras han sido ignoradas desde el comienzo de la Era Industrial como cosas propias de personas incultas y crédulas. En definitiva, personas que carecen de formación racional. Nuestra sociedad, sumergida en adelantos tecnológicos y sofisticada ciencia, es capaz de reanimar de manera rutinaria a personas que hasta hace poco habrían fallecido sin remedio, lo que nos ha proporcionado, en los tiempos modernos, miles de historias y relatos de experiencias cercanas a la muerte. Otro aspecto llamativo es el de los científicos que, acompañados de muy alta tecnología, realizan esfuerzos ingentes para explicar por medios racionales ciertos fenómenos que hasta el día de hoy escapan a una explicación total.

¿Qué es lo que se puede explicar de estas experiencias? Se ha discutido mucho acerca de los factores precipitantes de las experiencias cercanas a la muerte (ECM). Algunos alegan inducción religiosa o bien filosófica, tanto en sentido metafórico como literal. En cualquier caso, sea cual fuere el catalizador, un lóbulo límbico disfuncional o bien la ingesta de alguna droga enteógena,¹ el precipitante no parece ser la experiencia per se. La experiencia en sí misma se convierte en una memoria viviente. Cualquiera que sea el precipitante, se sufre una destrucción o profunda alteración de patrones, vivencias o escalas de valores que afectarán a la vida cotidiana de quienes las hayan experimentado. Más aún, al igual que en las tradiciones orales prehistóricas, la sociedad sigue mostrando una fascinación por este tipo de historias. Los detalles narrativos de los paisajes y de los encuentros con personas del más allá son el denominador común de los escritores que han hecho referencia a anécdotas de los casos estudiados.

Este tipo de experiencias ha servido para acercar a polos sociales muy separados. En un extremo fundamentalistas religiosos y en el otro ateos consumados, ambos discutiendo a un nivel descriptivo y comparándolo con la realidad física. Los fundamentalistas religiosos asumen que las descripciones de las ECM son literales, que describen objetos, personas y situaciones diversas. Al otro lado, los reduccionistas intentan explicarlo todo desde una visión materialista, ya que los sucesos descritos son manifiestamente imposibles desde los conocimientos científicos actuales, y por tanto increíbles.

A este respecto, quizás una de las cuestiones más llamativas es que lo que los fundadores de las principales religiones del mundo han reivindicado durante siglos mediante sus escrituras sagradas parece ser hoy en día corroborado a través de las personas que sufren experiencias cercanas a la muerte. Hasta el punto de que muchos científicos que otrora despreciaban este tipo de conocimientos milenarios se encuen-

¹ Un enteógeno es una sustancia o combinación de sustancias vegetales que, al ingerirse, provoca un estado modificado de consciencia que suele usarse en un contexto principalmente religioso, ritual o chamánico.

tran hoy fascinados y con un interés creciente en este tipo de cuestiones. Un detalle aún más notable cuando esta intriga involucra a sectores sociales a los que resulta difícil explicar las ECM, como es el caso de los niños pequeños, los invidentes de nacimiento y las personas en coma que fueron declaradas cerebralmente muertas.

El éxito de la ciencia moderna comienza con Galileo, con una manera de hacer preguntas científicas de manera que el investigador pueda evitar discutir sobre el significado de las cosas. Pero, claro, ¿cómo podemos discutir de algo sobre lo que no existe un lenguaje apropiado? Cuantificando los fenómenos, es decir, midiéndolos, los científicos crearon un lenguaje normalizado que hace posible la discusión de los hallazgos. Además, los científicos han creado innumerables escalas y unidades como, por ejemplo, los grados o los voltios para poder medir los efectos de sus investigaciones. Ahora bien, en el caso de las ECM la tarea es ardua. Afortunadamente la ciencia es algo más que una simple medición mecánica de las cosas: es una forma de conocimiento. Para poder proyectar ese tipo de conocimiento los científicos y los filósofos de la ciencia han desarrollado vías de discernimiento. A pesar de todo, mientras se construye una ciencia más elevada, el positivismo, lo empírico, el materialismo, el reduccionismo y el determinismo intentan hacerse con parte del pastel del pensamiento.

Los científicos después de Isaac Newton comenzaron a desarrollar elaboradas teorías. No podemos olvidar que una teoría tiene que cumplir tres puntos básicos: lo primero es que debe explicar el fenómeno, es decir, detallar lo que es y sus partes constituyentes. Lo segundo es que debe describir la actividad, es decir, el mecanismo que hay detrás del fenómeno y cómo se integra al mismo. Lo tercero, quizás lo más importante, es que debe ser capaz de predecir el fenómeno que se encuentra bajo investigación. En ocasiones, los científicos suelen ser un tanto flexibles con los dos primeros parámetros. Sin embargo, en lo que respecta al tercer enunciado, si una teoría no puede llegar a predecir, es que algo grave falla en el método de investigación.

Quizás fueron Sigmund Freud y sus discípulos quienes crearon lo que podríamos denominar la ciencia blanda, ciencias en las que la información recogida posee aspectos tanto cuantitativos como cuali-

tativos. La razón principal es que las experiencias que estudian el comportamiento humano son extremadamente flexibles e imprecisas bajo el prisma actual de la ciencia. De alguna manera los humanos son predecibles y siguen las leyes del comportamiento cuando se encuentran en grupo, pero fallan cuando se les intenta estudiar de manera individual. En el campo de la psicología, las creencias de los profesionales parecen ser sinónimos de sus propias teorías y podríamos decir que tenemos tantas escuelas de psicólogos como personas que hayan estudiado psicología, ya que cada una aplica sus conocimientos y su propia experiencia personal al mismo campo.

Años más tarde, Albert Einstein agitó aún más las aguas de la ciencia con su conocida teoría de la relatividad, que dejó al descubierto las limitaciones del determinismo, materialismo, positivismo y reduccionismo como vías infalibles de adquisición del conocimiento científico. En aquellos años Kurt Gödel desarrolló el teorema de incompletitud, en virtud del cual:

1. Si el sistema es consistente, no puede ser completo.
2. La consistencia de los axiomas no puede demostrarse en el interior del sistema.

Gracias a este teorema sabemos que la habilidad para adquirir cualquier conocimiento acerca de nuestra realidad se encuentra limitada.

Respecto a los científicos que reducen las experiencias cercanas a la muerte en fragmentos como, por ejemplo, experiencias extracorpóreas por un lado, el túnel como el resultado de la anoxia, las visiones como significado particular de una alteración neurológica, etc., resultan de interés las ideas del físico Paul Davies, que plantea que si un grupo de científicos tuviera que analizar un cartel luminoso de neón seguramente la mayor parte de ellos despiezaría el anuncio en sus diversos componentes: transformador, cables, gas neón, soporte metálico, etc. Sin embargo, este análisis reduccionista y materialista del objeto estudiado olvidaría algo fundamental: el significado del propio anuncio, la información que transmite, una cosa decidida-

mente no material. Es decir, el propósito del anuncio de neón no es que cada parte ejecute su cometido, sino albergar un significado. A este respecto, John Tomlinson, director del Instituto Americano de Salud y Ciencias, afirma: «Si los investigadores pueden probar científicamente que, en tan solo un caso, las personas abandonan su cuerpo cuando este muere y se dirigen hacia otra realidad donde se encuentran con seres y con capacidades y conocimientos más allá de los propios, entonces el fenómeno ya ha quedado demostrado».



Los científicos reduccionistas tan solo ven los componentes físicos del anuncio pero obvian su mensaje.

Siguiendo el ejemplo del anuncio de neón, su significado excede a cualquier discusión, sin importar lo profundo de la misma cuando nos referimos tan solo a sus componentes electrónicos. Para este mismo autor, Tomlinson, que las ECM puedan ser un encuentro con Dios o alguna entidad semejante sería, en su opinión, un evento tan importante como el ocurrido en Palestina hace más de dos mil años. Asimismo, observando que las ECM son sufridas tanto por los creyentes como por los ateos, la conclusión sería que esa supuesta existencia de Dios se extendería, obviamente, más allá de los límites de cualquier religión en particular.

Al mismo tiempo, para algunos investigadores las ECM no son explicables por la pura química cerebral. Por ejemplo, algunos trabajos de Michael Sabom y Kenneth Ring que manejamos en nuestra bibliografía y que aparentemente demuestran que personas ciegas de nacimiento llegar a ver cosas en su derredor durante su experiencia cercana a la muerte, lo que constituiría, en caso de ser probados, un verdadero terremoto para la ciencia actual.

Así pues, debemos intentar acercarnos a este tipo de experiencias desde tres pilares: el conocimiento científico basado en la replicación sistemática, el conocimiento filosófico basado en la razón y la lógica y, finalmente, el conocimiento teológico basado en la subjetividad introspectiva de Kierkegaard.

Encuadrados en este tipo de posicionamientos religiosos se encuentran las opiniones de que todo ocurre porque culturalmente estamos predispuestos a que así sea. Sin embargo, llama la atención, por ejemplo, que las personas que intentaron suicidarse y que quedan señaladas de forma negativa respecto a su conducta, en vez de tener una experiencia cercana a la muerte negativa, terrorífica o similar, por el contrario suelen tenerlas tan positivas como las que aparecen en los que han sufrido una enfermedad o un traumatismo determinado. Es decir, la hipotética influencia cultural no parece darse en todos los casos.

Lo que resulta fundamental es que si bien muchos científicos construyen su discurso desde la fe, la religión, la espiritualidad o incluso desde el propio terreno de la especulación, es preciso que no confundan sus creencias personales con evidencias cuantificables y que a la hora de comunicarlo a la sociedad sean capaces de transmitir esta diferencia. Asimismo, si atendemos estrictamente a los testimonios de las personas que han sufrido una ECM, podríamos obtener tres conclusiones rápidas: la primera es que aparentemente los humanos tienen algo que les diferencia de otros seres vivos. La segunda es que hay vida después de la muerte y que se nos juzgará por nuestra conducta en la Tierra. La tercera es que existen seres más allá de nuestro reino del tiempo y del espacio que interactúan con nosotros.

El filósofo inglés Alfred Jules Ayer, conocido por sus posicionamientos materialistas, tuvo que pagar un tributo a los mismos cuan-

do él mismo sufrió una experiencia cercana a la muerte que le produjo un fuerte impacto emocional y profundos cambios en su escala de valores, amén de variar sus posicionamientos filosóficos. A. J. Ayer admitió que su experiencia había reblandecido su convicción de que «mi auténtica muerte, que de hecho se encuentra muy cercana [era bastante mayor], será mi final», añadiendo: «Aunque continúo con la esperanza de que así sea».

Para los materialistas una experiencia cercana a la muerte no es otra cosa que la vivencia alucinatoria de un cerebro moribundo. Evidentemente, desde este punto de vista una alucinación no provee evidencias para ningún tipo de creencia ni menos aún para suponer que existe algo después de la muerte.

Uno de los problemas para abordar el estudio científico de las ECM es el reconocimiento explícito de que su principal característica es la inefabilidad, es decir, que carecen de denotación precisa. De manera que al igual que todo lo sagrado poseen muchas imágenes pero se priva de la parte física, por lo que a la ciencia le resulta difícil, por no decir imposible, abordar su estudio desde todas las facetas.

Estamos en una época de predominio de la ciencia sobre la religión y del periodismo sobre la literatura. Las ECM se describen de manera simbólica, se mueven en un mapa de símbolos, pero el mapa no es el territorio, solo apunta hacia el territorio que el lenguaje apenas puede describir y la visión es escasa para poderlo imaginar. Por ello la utilización masiva de símbolos en ocasiones se asemeja a un lenguaje críptico similar al utilizado por los iniciados de ciertas sectas. Sin embargo, los descubrimientos más recientes sobre la mente humana apuntan a que esta, quizá por puros motivos neurológicos, tiende a buscar patrones, al igual que la poesía persigue un orden en el caos circundante. Debido a esto no resulta extraño que las personas que han sufrido una ECM intenten interconectar todo lo que han vivido con elementos culturales tanto propios como extraños.

Después de todo, sobre la cuestión de la vida después de la muerte nuestra actitud debería ser similar a la del filósofo John Hick: «Tener el principio de estar mentalmente abierto a cualquier opción». Imaginemos además las implicaciones de la existencia de una vida

después de la muerte para la filosofía, la religión, la identidad personal, la ética a la hora de tratar a los enfermos terminales e incluso la propia biología. De hecho algunas personas que pasan por una ECM la viven como un sueño y prefieren apartarla de su mente. A otros les resulta difícil enfrentarse a este tipo de cambios psicológicos y como consecuencia no integran la experiencia en su vida diaria. Más aún, algunas personas, cuando la relatan a la familia o las amistades más cercanas, se encuentran con el rechazo, ya que los toman por locos. Incluso muchos médicos llegan a reaccionar como si la experiencia fuera el mero producto de una enfermedad mental, de encontrarse drogado, de la falta de oxígeno en el cerebro o incluso de algo realmente diabólico. Este tipo de actitudes, en muchas ocasiones también compartidas por los que sufrieron la ECM, puede conducir a la supresión de la experiencia, a la eliminación de sus memorias o bien a cualquier cambio positivo que podría haberse engendrado a partir de la misma.

Es sumamente interesante hacer notar cómo algunos autores como P. M. H. Atwater establecen paralelismos entre las experiencias cercanas a la muerte y el crecimiento de la cultura a través de los siglos. Los avances tecnológicos han hecho posible esquivar a la muerte en miles de casos documentados. Todos los días. El aumento del número de personas que han adquirido una serie de cualidades derivadas de experiencias espirituales tan profundas tendría un beneficio social y cultural que nos derivaría, en conjunto, a toda la sociedad hacia un mundo mejor. Otros, como Andrew Dell'Olio, sugieren que las ECM no confirman la existencia de vida después de la muerte, pero sí algún tipo de perdurabilidad. Para este mismo autor las ECM no serían otra cosa que un estado de consciencia continuado después de la muerte de nuestro cuerpo.

Por otra parte, algunos profesionales de la salud mental muy bien formados piensan que este tipo de experiencias son propias de personas con algún importante desequilibrio psicológico. Por ello, Bruce Greyson, uno de los autores líderes en este tipo de cuestiones, diseñó un estudio en el que comparó a un grupo de personas que habían sufrido una ECM con otro grupo cuyos miembros, si bien

habían estado cerca de la muerte, no habían experimentado una ECM. Valoró ambos grupos con un instrumento (Cuestionario SCL-90-R) diseñado para detectar alteraciones psicológicas. Los resultados fueron concluyentes: los que se habían encontrado en una situación cercana a la muerte, pero que no habían experimentado una ECM, mostraron más alteraciones psicológicas que los que sí habían vivido una ECM.

Para los que crean que el cuadro de las ECM se debe a síntomas dependientes de la pura fisiología, como por ejemplo la experiencia extracorpórea por aislamiento sensorial, la secreción de endorfinas que produce analgesia y sensación de felicidad y paz o bien, la anoxia cerebral galopante que produce sobre el sistema visual una ilusión de túneles y luces, así como alteraciones del lóbulo temporal que hagan revivir las memorias o visiones de personas ya fallecidas en otras dimensiones, las cosas no parecen ser tan sencillas, ya que toda experiencia cercana a la muerte parece perfectamente orquestada y sigue una pauta no caótica en la que algo, similar al antiguo concepto de alma, parece cobrar vida y escapar del cuerpo. Es decir, lo que nos estamos jugando al intentar comprender en qué consisten las ECM no es solo si existe vida más allá de la presente, sino también si podemos entender los complejos modelos de consciencia, incluyendo la percepción sensorial o la memoria, ya que estos procesos podrían estar enfrentados a los conocimientos actuales de la neurofisiología si los intentamos aplicar a este tipo de experiencias.

Todos estos argumentos pueden llevarnos a razonar en círculos, como una pescadilla que se muerde la cola. Para los que son creyentes, las ECM les proveen de argumentos para hacer de sus vidas algo trascendente y de unión con Dios. Para los que no son creyentes, estas experiencias les elevan a un plano metafísico de difícil digestión. Asimismo, las investigaciones que se están realizando poseen un potencial inmenso para millones de personas que se consideran religiosas o espirituales, pero también para los profesionales de la ciencia involucrados en ayudar a los moribundos, a los suicidas y a las familias que se encuentran inmersas en procesos de duelo. Es algo que también llena de esperanza a los enfermos terminales.

En mi caso, a pesar de haber atendido innumerables casos de personas, tanto creyentes como no creyentes, que me han relatado con una similitud excepcional sus experiencias, no me queda más remedio que admitir, quizás con alguna reserva, lo trascendental de este tipo de casos, tomando en consideración, eso sí, algo de escepticismo que, imagino, se aclarará algún día en lo que será mi última experiencia. Me muero por saberlo.





I

EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE A LO LARGO DE LA HISTORIA

Un milagro es comúnmente considerado como un efecto fuera de las leyes que nos rigen. Pero todos los eventos en nuestro precisamente ajustado Universo se ajustan a las leyes y son perfectamente explicables según las mismas.

PARAMAHANSA YOGANANDA

Resulta paradójico que las investigaciones modernas sobre estados alterados de consciencia nos hayan aportado nuevas perspectivas acerca de este fenómeno. El que numerosas personas sean capaces de encontrarse con un amplio espectro de aparentemente extrañas experiencias que incluyen, por ejemplo, túneles de luz, juicios divinos, renacimientos o la llegada a reinos celestiales no parece ser otra cosa que una nueva reproducción de antiguos textos relacionados con los muertos, como en el antiguo Egipto. Es decir, parece que nada ha cambiado y que estos antiguos textos no son otra cosa que verdaderos mapas de los territorios más íntimos de nuestra psique, incluyendo los asociados a la muerte biológica.

En el *Libro del esplendor (Zohar)*² de la cábala judía podemos leer el siguiente relato con Adán como protagonista. El primer hombre

² El *Zohar* o *Libro del esplendor* es una obra fundamental de la literatura mística judía también conocida como cábala. Se trata de un grupo de libros que incluyen comentarios místicos de la *Torá* (los cinco libros de Moisés) e inter-

creado por Jehová aparece en casa de un moribundo. Al verle, la persona que está muriendo dice: «Es por ti por lo que debo morir». A lo que Adán replica: «Sí, pequé una vez, un pecado por el que fui severamente castigado. Pero tú, hijo mío, no has pecado una vez, sino muchas veces». Adán procede a enseñarle al hombre una lista de sus faltas y concluye: «No hay muerte sin pecado».

Una de las primeras personas que expandió el concepto de ECM en el mundo occidental y en la época moderna fue el afable escritor, filósofo y médico Raymond Moody, cuando allá por el año 1975, mientras todavía era un estudiante de Medicina, publicó *Vida después de la vida*. Sin embargo, el propio Moody apunta en sus escritos que este tipo de experiencias pueden llegarse a encontrar incluso en textos muy antiguos. Algunos de estos textos son conocidos en el mundo occidental y ya los hemos citado aquí, como el *Libro tibetano de los muertos*, la *Biblia*, etc. Asimismo, las ECM se pueden encontrar prácticamente en todas las culturas, al igual que las experiencias de salida extracorpórea o EEC. Estas últimas fueron estudiadas por Dean Shiels en 1978, y comprobó que el 95 por ciento de 70 culturas no occidentales, de distinta localización geográfica y estructura religiosa, creían en este fenómeno de una manera sorprendentemente uniforme. Este autor concluye que la creencia en las EEC responde, casi con toda seguridad, a acontecimientos demostrables.

Holden, Greyson y James, en su excelente libro *The Handbook of Near Death Experiences*, hacen notar la diversidad de textos donde aparecen las ECM en la literatura mundial, ya sea de forma accidental o como parte del relato. Por ejemplo, la mencionada por el famoso explorador David Livingstone en su libro *Aventuras y descubrimientos en el interior de África*. Uno de los casos más llamativos del siglo XIX, publicado en 1889 en el *Saint Louis Medical and Surgical Journal*,

pretaciones también místicas de la cosmogonía y psicología místicas. El *Zohar* contiene discusiones sobre la naturaleza de Dios, el origen y la estructura del universo, la naturaleza de las almas, la redención, la relación del ego con la oscuridad y del yo con la luz de Dios. Este texto apareció en España en el siglo XIII y fue publicado por un escritor judío llamado Moisés de León.

fue el protagonizado por el doctor A. S. Wiltse, del pequeño poblado de Skiddy (Texas). Este médico aparentemente falleció de unas fiebres tifoideas en el verano de 1889. Incluso las campanas de la iglesia se echaron al vuelo para anunciar el deceso del médico del pueblo, pero la cosa no acabó ahí. El propio doctor Wiltse describe lo que ocurrió en unas líneas que merece la pena reproducir: «Descubrí que todavía estaba en mi cuerpo, pero este y yo ya no teníamos intereses en común. Me quedé perplejo y fascinado de alegría mientras me veía a mí mismo desde arriba [...]. Con todo el interés que puede tener un médico [...] observé el interesante proceso de separación de alma y cuerpo». En el mismo artículo el doctor Wiltse describe cómo desde fuera de su cuerpo puede observar a una persona en la puerta de su habitación del hospital. Se acerca e intenta tocarle pero, como en los relatos de fantasmas, su brazo parece atravesarle sin generar la mínima reacción en la otra persona: «Mi brazo pasó a través de él sin encontrar resistencia aparente [...]. Le miré rápidamente a la cara para ver si había advertido mi contacto, pero nada. Él solo miraba hacia el sillón que yo acababa de dejar. Dirigí mi mirada en la misma dirección que la de él y pude ver mi propio cuerpo ya muerto [...]. Me impresionó la palidez del rostro [...]. Intenté ganar la atención de las demás personas con objeto de reconfortarlas y asegurarles su propia inmortalidad [...]. Me paseé entre ellas, pero nadie pareció advertirme. Entonces la situación me pareció muy graciosa y comencé a reírme [...]. Qué bien me sentía. Hacía tan solo unos minutos me encontraba terriblemente enfermo y con malestar. Entonces vino ese cambio llamado muerte que tanto temía. Esto ya ha pasado y aquí estoy, todavía un hombre, vivo y pensante. Sí, pensando más claramente que nunca y qué bien me siento. Nunca más volveré a estar enfermo. Nunca más tendré que morir».

El famoso discípulo de Sigmund Freud y también psiquiatra, Carl Jung, describe una ECM tras fracturarse un pie y sufrir un infarto de miocardio muy poco después. Una acompañante, enfermera, cuenta cómo una luz le envolvía durante su agonía, al igual que en las experiencias de muerte compartidas. Algo, al parecer, que ella ya había observado con anterioridad. Pero ahí no acaba la experiencia, ya que

el propio Jung describe cómo llega a ver la Tierra desde el espacio bañada en una gloriosa luz azulada. Más aún, describe la profundidad de los océanos y la conformación de los continentes. Debajo de sus pies se encontraba Sri Lanka (Ceilán) y un poco más adelante la India. No llegaba a ver toda la Tierra, pero sí su forma global y su perfil delimitado con una especie de rayo, toda ella llena de la luz azulada. No solo eso: después de mirar la Tierra durante un rato se giró y pudo apreciar un bloque pétreo similar a un meteorito flotando en el espacio, con una especie de entrada donde un ser con apariencia hindú se encontraba sentado en posición de loto. Jung asegura que se encontraba en paz y tranquilo: «Yo tenía todo lo que era y era todo lo que tenía». En ese momento Jung notó que iba a pasar a una habitación donde se encontraba todo lo relacionado con el sentido de su vida, cuando su médico de cabecera llegó. Sumergido en su experiencia, Jung escuchó cómo el médico le comentaba que no tenía derecho a abandonar la Tierra y que debía volver a su lugar de procedencia. Carl Jung se mostró «profundamente decepcionado» y a regañadientes retornó a su cuerpo. Incluso en su libro *Memories, Dreams, Reflections* llega a decir que odió al médico que le devolvió a la vida.

A medida que Jung se recuperaba tuvo más visiones, llegando a afirmar: «Resulta imposible resumir la belleza y la intensidad de las emociones durante estas visiones. Es lo más tremendo que nunca haya experimentado [...]. Nunca imaginé que una experiencia así pudiera aconteceme. No fue producto de mi imaginación. Las visiones y la experiencia fueron totalmente reales. No existió nada subjetivo. Todo poseía la cualidad de absoluta objetividad». Estos comentarios del famoso psiquiatra concuerdan con los que realizan la mayor parte de las personas que experimentan una ECM: claridad y objetividad en su relato.

Prácticamente todas las culturas poseen tradiciones en las que el ser humano prevalece ante la muerte. En las más primitivas los cuerpos eran enterrados acompañados de enseres: arcos y flechas, vasijas con alimentos, objetos personales, etc., como si la muerte tan solo fuese una transición hacia otro estado en el que dichos objetos pudieran ser útiles en el desempeño de la nueva vida.

LA TEORÍA DEL PUNTO OMEGA

El principio fundamental de la mayor parte de los científicos es el puro reduccionismo, es decir, que todos los fenómenos, incluidos los mentales, se pueden explicar desde un punto de vista físico. Por este mismo hecho los fenómenos transpersonales, espirituales o los relacionados con la noética³ parecen no existir para los científicos más ortodoxos.

Sin embargo, un reconocido matemático, Frank Tipler, escritor y profesor de Física Matemática de la Universidad de Tulane en Nueva Orleans, afirma que mientras el reduccionismo es necesario para el mundo científico, ello no quiere decir que tengamos que negar las dimensiones espirituales de los seres humanos. Este profesor ha demostrado, supuestamente por medio de la física, la existencia de Dios y de otros fenómenos espirituales. De alguna manera este científico intenta encontrar una solución de compromiso entre el mundo de los pensamientos y de las creencias y el mundo estrictamente científico. En su libro *La física de la inmortalidad* (1994) describe lo que él llama teoría del Punto Omega, para explicar matemáticamente y mediante la física una solución para probar la supervivencia de la personalidad después de la muerte.

La mayoría de los filósofos, así como casi todos los científicos, han rechazado las teorías de supervivencia por carecer de una base física. Otros, por el contrario, han asumido con cierta simpleza que dicha física existe, pero que se encuentra lejos de la comprensión humana y que, por lo tanto, no puede ser cuestionada. El propio Ring propuso en su momento la original idea de que la personalidad es el resultado de ondas que interactúan y que se interfieren de forma similar a un holograma y que todo el patrón de códigos podría ser reproducido a partir de una pequeña porción.

James Crumbaugh explica que el Punto Omega tiene tanto de realidad física como de concepto matemático. Desarrolla la idea en

³ Según indica el *DRAE*, noética es la visión intelectual, el pensamiento.

relación al futuro de la raza humana, e incluso de toda la vida del universo. Define de este modo cómo ocurrió el Big Bang hace 15.000 millones de años y cómo todo culminará dentro de otros 85.000 millones en un colosal choque cósmico. Este final representa lo que el filósofo jesuita Pierre Teilhard de Chardin ha descrito como punto final o Punto Omega, siendo el Big Bang el Punto Alfa. La teoría de Tipler solo funcionará en un universo cerrado. Es decir, si el universo alcanza un punto crítico de expansión y entonces se empieza a contraer. Por el contrario, si el universo se expande eternamente, como un universo abierto, entonces no habrá esperanza para la vida a largo plazo, ya que todo acabaría enfriándose y moriría.

La correlación entre las experiencias cercanas a la muerte y el Punto Omega consiste en una filosofía común frente a la resurrección. Tipler arguye que el espíritu también pertenece al plano físico. No existe ningún tipo de alma flotando sin medios materiales. De hecho, el espíritu cesaría de existir cuando el cuerpo muere. Sin embargo, en el Punto Omega ocurrirá la resurrección. Para poderlo entender en su magnífica totalidad debemos asimilar que el concepto de tiempo es un constructo meramente humano. Hablamos de trayectos de tiempo que exceden la comprensión de los seres humanos.

Pero ¿qué es lo que va a crear el colapso final del universo? Una vez que se alcance la expansión máxima llegará un momento en que la masa crítica llegará a un equilibrio por las fuerzas gravitacionales de la propia expansión. Una vez que se llega a este Punto Omega, Tipler ha profetizado, basándose en las leyes físicas, que ciertas cosas que podríamos tildar de fantásticas van a ocurrir. Tipler asegura que nuestro futuro pertenece a un nuevo mundo de viajeros cósmicos que van más allá de ser simples astronautas, de la misma manera que nuestro mundo actual pertenece al de Cristóbal Colón. Sus teorías se basan en un fantástico desarrollo de la ciencia, particularmente apoyada en computadoras cuánticas que harán posible la resurrección de todas las personas ya fallecidas mediante mecanismos de simulación. Asimismo, seremos capaces de regenerar de manera aproximada los cuerpos de personas ya fallecidas por emulación.